

Alvaro Lavín: Un gran compañero del padre Hurtado

JOSE CORREA, S.J.

El 14 de septiembre a las 5 a.m. moría un hombre excepcional. Ignorado por la TV, apenas mencionado por algunos periódicos, pero que quedó grabado en la vida de muchos jesuitas y laicos que tuvimos el privilegio de conocerlo de cerca. Era el padre Alvaro Lavín Echegoyen, S.J., "Don Alvaro" para sus hermanos de la Compañía de Jesús. Apelativo cariñoso que revelaba aprecio, cercanía, respeto y admiración.

Los años lo habían acabado. Nació en 1902, en Santiago. Se educó en el Colegio San Ignacio, compañero de Alberto Hurtado, con quien luego hizo el servicio militar. Cursó dos años de Derecho y en 1918 entra en la Compañía de Jesús. Después de largos años de estudio se ordena de sacerdote en Valkenburg, Holan-

da.

Quiero destacar sólo tres rasgos: su amistad con el padre Hurtado, sus servicios a la Provincia jesuita chilena, y la calidad de su personalidad.

Su amistad con el P. Alberto Hurtado

Los unió una profunda amistad y mutuo aprecio a lo largo de todas sus vidas. Colegio, servicio militar y comunidad de ideales en la Compañía de Jesús. El P. Lavín fue en dos oportunidades su Superior Provincial. En los momentos difíciles y de incomprensión el P. Hurtado encontró siempre en él el consejo, la comprensión y el respaldo que necesitaba.

Los dos vibraban con el mismo amor a Cristo, a la Iglesia, a la Compañía y a los más pobres y



Don Alvaro: Hombre lleno de Dios, pleno de sabiduría y bondad

La calidad de su personalidad

Pero, por sobre sus servicios, por importantes que hayan sido, lo que más impactaba era su gran calidad humana y espiritual. Hombre recto, humilde, sencillo, auténtico, pleno de sabiduría y bondad, dedicado a su misión de servicio a la Compañía y a los pobres.

Y, ante todo, hombre lleno de Dios, seguidor cercano de Jesús. Hombre de oración y consejo. Consejo que brotaba del profundo conocimiento del corazón humano y de su existencial vivencia del amor de Dios que, en su semi inconsciente y prolongada agonía, lo hacía exclamar ininter-

terruptivamente: "¡Ven, Señor Jesús!".

Uno de sus hermanos ha escrito: "merece, al igual que el P. Hurtado el título de santo. Así, al menos lo recordarán los jesuitas chilenos que lo han conocido, respetado y amado". ■

desamparados. Uno fogoso y apasionado; el otro sereno y mesurado.

Lo animó en la empresa del Hogar de Cristo y, después de su muerte, lo sucedió en su dirección. También, como su Superior, aprobó el proyecto de fundar la revista **Mensaje** en 1951, última obra del P. Hurtado.

Consciente de la santidad de su amigo Alberto, el P. Lavín se encargará de llevar adelante la causa de su beatificación. Reunió material, paciente y minuciosamente elaboró informes que fue publicando en una colección de pequeños libros, y enviando documentos a Roma. Tuvo el consuelo, antes de morir, de verlo proclamado "Siervo de Dios".

Los unió la vida, ahora los unió la muerte.

Servicios a la Compañía de Jesús en Chile

Fueron siempre relevantes, aunque atenuados por su modestia. Fue rector de los Colegios San Francisco Javier de Puerto Montt, Seminario de Chillán -hoy Colegio Padre Hurtado- y San Ignacio de

Santiago. En dos oportunidades desempeñó el cargo de Superior Provincial, y, como se dijo, capellán del Hogar de Cristo, y director de la Escuela Borja Echeverría.

Los pobres casi abusaban de su bondad y siempre encontraron en él a un padre.